

Una historia de amor, un árbol cortado y dos tragedias

Jesús Vicente García

I

Las esquinas de las calles son como los epígrafes en los cuentos y novelas: anuncian las historias, iluminan el camino del lector. Yo conocí una esquina así, tenía un árbol alto, tronco ancho, ramas largas, hojas grandes, gruesas, verdes en primavera y verano, amarillentas en otoño.

Por Basilio, vía celular, me di cuenta que el gobierno estaba acabando con él: “Stan tirando 1 árbol n la sqina inche flaco Baja X los chskos”. Lunes, temprano. Sol pálido. Pants. Salgo. Veo dos tipos trepados como changos cortando ramas, no tardaron en pasar la sierra en la parte baja del tronco. Todavía alcancé a sacar fotos de un corazón: *Lulú y Ramiro*, trazado por éste, y otros más con diversos nombres entrelazados, dibujos con la lengua de los Rolling, el prisma de una portada de Floyd, dibujos del cuarteto Kiss, una imagen de un tipo que en lugar de gafas tiene



Secuelas del terremoto del 19 de septiembre de 1985 en la ciudad de México.
Fotografías: John Downing / Getty Images

unos tenedores pinchándole los ojos, extraído de un disco emblemático de Scorpions. Todos hechos por Ramiro, mejor conocido como el “Tristón”, porque tenía los ojos a medio dormir, le encantaba el rock y, claro está, Lulú.

Mientras cortaban el árbol, le platiqué al ahora profesor de literatura y español, Basilio Valdés, todo lo que fue generando la caída de nuestro verde amigo al que le cortaban no sólo la vida sino que echaban por la borda parte de la historia de esta calle.

II

Principios de los ochenta. Lulú era enfermera del IMSS: morena, bajita, caderona, cabello lacio, un lunar cerca de los labios gruesos y siempre olía bonito. A mí me sonreía cada que la veía, porque era amiga de mi hermana Carmen. Practicaba el volibol. Si alguien se enfermaba, si había que inyectarse, iban por Lulú. A muchos chavos de ese tiempo les gustaba; hombres ahora de cincuenta y sesenta la recuerdan con una sonrisa y una mirada perdida. El caso es que ella se enamoró del famoso “Tristón”. Ramiro era alto y flaco, le encantaba el basquetbol. Amaba el dibujo. Tocaba la guitarra, cantaba con voz aguardentosa, puro rock, pero claro que a Lulú le cantaba baladas de Roberto Carlos, la Rondalla de Saltillo, José José, José Feliciano, Los Ángeles Negros, Leonardo Favio, Miguel Gallardo; en cambio, las de los Rolling, del Three Souls, los Doors, Ted Nugent, Zepellin eran para los cuates, “la banda”, como él decía. Guitarra acústica, negra, cuerdas de metal, el logotipo de las piedras rodantes, calcomanías de AC/DC, Janis Joplin, los Beatles y del Che Guevara con su boina y un cigarro. Escuchaba Radio Capital y la famosa Radio 590, la Pantera.



Que Lulú se haya enamorado del “Tristón” no tendría nada de extraordinario (ambos tenían veinticinco años) a no ser por un detalle: ella estaba casada con un tipo que ya era grande, como de cuarenta y tantos, dicen que la golpeaba. Un tiempo vivió en nuestra calle, después se pasó a dos cuadras de distancia. Conocía al “Tristón”, aunque casi no se hablaban. Fue en los quince años de Leti que Lulú y Ramiro se echaron las altas. Esa noche, Lulú fue sola, porque era amiga de Griselda, la hermana de Leti; así, Lulú, Gris y Carmen eran uña y mugre.

Cuenta la leyenda que esa noche bailaron, bebiéron, sonrieron y se besaron precisamente bajo el cobijo de ese árbol, y para que no se notara, el “Tristón” marcó ese corazón en una parte alta y debajo de las ramas, por si pasaba “aquél”, como le decían todos al referirse al marido de Lulú, que trabajaba en la noche, dicen que en Pemex.

Todos en la cuadra sabíamos que eran novios. Como un secreto a voces guardábamos silencio si algún conocido de “aquél” o él mismo llegaba a pasar por ahí, o se detenía en el puesto de sopes que se instalaba en la noche a unos cuantos metros del árbol. Del “Tristón” hay que decir que estudió en la Facultad de Filosofía y Letras en la UNAM, y algo de guitarra en una escuela que le pagó su papá. Así que le escribía poemas a Lulú, textos que ella nunca se llevaba a su casa. Dicen que los sábados se iban a un hotel, porque el marido trabajaba los fines de semana todo el día y toda la noche (después del desastre se supo que tenía otra esposa e hijos). Y así



duraron mucho tiempo. A mediados del 85 hubo una fiesta, como cada julio: el cumpleaños de Griselda, en la famosa vecindad del “20”. Ahí vivía la crema y nata de los *discolocos*, como les decían, eran chavos que vestían a la Travolta y escuchaban a los Bee Gees y todos esos artistas de la onda disco; para otros, esa moda ya estaba pasando. De ahí surgieron los maestros de baile, los que ponían los quince años, las coreografías en conjunto. Amigos de Ramiro, a pesar de ser roquero.

Esa noche, yo estaba afuera con los cuates de la secu, aprendiendo a tocar guitarra. En la fiesta de Gris, “El negro José” se escuchaba en toda la colonia. Nosotros estábamos a media cuadra del lugar. Se estacionó un auto rojo, de esos largos que parecían lanchas. Bajaron cuatro tipos. Entre ellos, el marido de Lulú. Entraron a la vecindad. El “Maquico”, el “Armadillo” y yo nos acercamos. Antes de llegar, salió un tipo disparado que rodó al suelo, era el marido de Lulú, lo seguía Ramiro, con sus botas picudas lo iba pateando; detrás, Gris lo intentaba asir del brazo. Otro tomó a Ramiro de los cabellos, uno más le dio un rodillazo en el estómago; uno de los *discolocos* que era boxeador por influencia de *Rocky* (estaban de moda esas películas) se le fue a pura trompada al que le pegó a Ramiro. La bronca se extendió al otro lado de la calle. Todos estábamos embobados con el espectáculo. El “Tristón” y el marido se agarraron a golpes, solos. Aunque era más ancho el segundo, más fuerte, poco más bajito, aguantaba los embates de Ramiro que, aunque flaco, le daba con fe. Salió Lulú llorando y gritando calmado

la situación. El marido, en actitud farol, quería seguir peleando, pero Ramiro se negó por respeto a la dama. Aquella madrugada, ya con varias chelas encima, el “Tristón” nos dijo que se la iba a robar, porque se amaban en serio, que además eran jóvenes, que él se la merecía. En el árbol, navaja en mano, trazó el nombre de Lulú con la leyenda “te amo”, cuya rama la tiraron después de la catástrofe que se avecinaba.

III

El “Tristón”, por las tardes, manejaba el taxi de uno de sus tíos, y en las mañanas daba clases de filosofía y creo que de español en una preparatoria. De manera que hacía sus ahorritos. Se corría el rumor que ya hasta vivían juntos en un depa de la Roma, que la seño de los sopos los había visto. Por eso, ese año del 85, ya se le veía poco con los cuates en la cuadra, excepto en las noches que iba a los sopos con Lulú o solo.

Como toda historia de amor, algo sucede. Un día antes del final, me quedé algo noche en la calle de Francisco de Olaguíbel, echando cáscara de fut. Al regresar a casa, vi al “Tristón” y a Lulú en el árbol, serían casi las diez. Se besaban y ella se acurrucaba entre sus brazos, porque el viento era un poco frío. Luego caminaron a la avenida y abordaron un taxi. Me metí a la vecindad, vi el noticiero de las diez. Al día siguiente, jueves, habíamos quedado de irnos de pinta al cine para ver el estreno de *Gavilán o paloma*, porque al “Chaparro” y a Miguel les latía mucho José José. Entre sueños, escuchaba a Juan Gabriel con “Dos claveles y un rosal”, yo llevaba flores al panteón a la tumba de mi amada; la voz del locutor de Radio Felicidad me hizo abrir un ojo. Un movimiento extraño me despertó. Ensordecí con los

gritos de Carmela: “¡está temblando!” Las repisas de la casa se cayeron, el techo se pandeó (se desprendió una pared de la casa de al lado), crujían las paredes de la vecindad, otro hermano se cayó de la cama, mi mamá había ido por la leche a la Conasupo; no fue un despertar normal.

Era el 19 de septiembre de 1985. Se cayó la vecindad donde vivía el “Armadillo”, la casa de Ramiro, muchas vecindades, pero no la casa donde vivía Lulú con su marido; en ese predio ahora estampan ropa y gorras, venden camisas y hacen cosas de diseño gráfico. La noticia llegó rápido: el “Tristón” y Lulú murieron juntos, amándose, abrazándose, besándose, aplastándose y siendo aplastados por el amor y el peso del edificio de la Roma, cerca de Centro Médico, en el multifamiliar Juárez.

Ver los cuerpos de conocidos fue de lo más fuerte que he visto en la vida, ver la ciudad devastada. Qué engorroso es eso de rescatar cuerpos. A mí no me tocó rescatar los de Ramiro y Lulú. La velación, el entierro, todo fue tan rápido. Recuerdo una escena: la mamá de Lulú llorando recargada en el árbol, junto con el papá de Ramiro, que con muletas ahí andaba y pasó sus últimos meses en un albergue, murió de tristeza y ya nunca tuvo casa.

Desde entonces, esa pareja fue una especie de Romeo y Julieta, el ejemplo a seguir para los amantes que debían enfrentar obstáculos en su amor, y aunque suene a telenovela barata no fue así, porque ellos sí murieron en su lucha sentimental. Era como un destino trazado. El amor mata y el amor los rescata del olvido.

IV

La ciudad y la calle cambiaron. Nuestra vecindad ahora es un conjunto habitacional con varios edificios. El árbol, entonces, luchaba por no quedar en el olvido. Los gatos fueron

testigos, porque a pesar de que hacían uñitas en el corazón de *Lulú y Ramiro*, que ya para entonces con estas cosas estaba sangrado, no se borró ese emblema que para muchos era el ejemplo del amor trágico. Las parejas posteriores se declaraban su amor en ése árbol, y fue como una tradición que duró varios años, aunque con esto de las compus, los celulares, la tecnología, sus códigos amorosos cambiaron. En ese árbol se va la historia de muchas parejas de enamorados, incluyendo la de algunos gatos. Eso no lo sabe el gobierno ni el señor del taller mecánico que pidió que lo tirara porque sus raíces destruían el piso de su casa, sin darse cuenta que en ellas iba la sangre del amor, la semilla de la lucha, la dureza de esas muertes —le decía a Basilio, quien tenía la mirada perdida mientras veía el último trocito de árbol que subían a una camioneta—. Por cierto, ¿no fuiste a trabajar?

—Sí, digo, no. Entro en la tarde, pero yo venía porque... es que Briseida se enojó conmigo... dice que soy un niño y que con ella no ande jugando... se quiere casar.

Me dejó perplejo. ¿Casarse? Bueno, ella tiene treinta años, él veinticinco, tampoco es para tanto.

—Me encanta, pero no me quiero casar, Pam, y... tampoco quiero que me deje —su tono era de tragedia, al borde de las lágrimas. Lo abrazó.

Otra vez Basilio en ese tranvía llamado amor, y a juzgar por su respiración, tiene, como dijo el poeta Efraín Huerta, en vez de corazón un perro enloquecido. 

